

**TRES  
COMENTARIOS  
DE JORGE  
TRASLOSHEROS**

**2016**

## LA “POSVERDAD”, LA DICTADURA DEL RELATIVISMO Y LA IGLESIA

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

Es momento de recuperar la memoria y el pensamiento crítico para sacar lecciones de comicios en EU y el Brexit, para el desarrollo de nuestra democracia.

Mucho se ha escrito sobre el proceso electoral en Estados Unidos y lo sucedido con el Brexit; pero no estoy seguro de que estemos sacando las lecciones adecuadas para el desarrollo de nuestra democracia y el fortalecimiento de la sociedad civil, como antídoto contra el autoritarismo.

En la prensa nacional e internacional domina una visión simplona que augura una época negra por el avance de lo que obsesivamente se ha denominado la “ultraderecha”, cualquier cosa que esto signifique. Porque las fuerzas de la derecha avanzan, entonces la pobreza se extenderá, millones serán deportados, el mercado mundial se colapsará, el nacionalismo arrasará, se desatará la tercera guerra mundial, nuevos holocaustos se apoderarán del mundo y todos moriremos aplastados por el desastre ecológico. Tiempo ignominioso que, dicen, sólo podrá conjurarse con el retorno de la “izquierda progresista”, única capaz de salvar al mundo de los males pasados, presentes y futuros.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de que estamos ante una retórica en espejo de la utilizada por otras fuerzas políticas. El hecho es que, unos y otros se demonizan para imputarse el mal en el mundo y, en consecuencia, autoproclamarse salvadores del futuro.

Confieso que, como simple ciudadano del montón, tengo la costumbre de tomar distancia del alarmismo mediático. No me cuadra esa narrativa tan simplista y puritana. Desconfío cuando reducen la compleja realidad y nuestra rica humanidad a la batalla de los buenos contra los malos, de las fuerzas de la luz contra las potencias de la oscuridad, a la épica contienda de los bonitos para que se mueran los feos. Vamos, hasta un wéstern dominguero, visto en familia y con hartas palomitas, tiene una trama más compleja.

Tanto dislate es indicativo de que estamos ante una campaña propagandística, cuyo objetivo no es invitar a un análisis ponderado de lo que está sucediendo, sino generar un pánico moral que prepare, desde hoy, el regreso no tanto de las fuerzas de la “libertad y del progreso”, sino de quienes perdieron por ahora el poder y se sienten gravemente amenazados de perderlo en otros lados.

Estamos ante una guerra de percepciones, cuya característica es el desprecio de la realidad y de la verdad, a la cual le han dado el nombre de “posverdad”. Un malabar lingüístico para evitar reconocer que, una vez más, Benedicto XVI tenía razón al denunciar la dictadura del relativismo, como la enfermedad de nuestro tiempo que ha dañado seriamente a la razón en lo que queda de la cultura occidental. Un mal que afecta gravemente a los políticos, sin importar mucho el lugar que ocupen dentro del espectro ideológico. Por ejemplo, Obama ha atacado a Trump de ser el engendro de la “posverdad”, cuando el casi-expresidente ha sido uno de los campeones de la dictadura del relativismo. Lo dicho, la retórica del espejo.

En este mundo de confusiones inducidas, me parece que los católicos tenemos una tarea importante que cumplir. Es momento de recuperar la memoria y con ésta el pensamiento crítico tan propio de la catolicidad, para lo cual sería conveniente tener presentes tres principios:

**Uno.** Recuperar la fe en la razón. Recordar que la realidad es el mapa de nuestra existencia, la razón es el instrumento que nos permite leer este mapa, y la fe es la brújula sin la cual sería imposible encontrar el rumbo.

**Dos.** No existe una lectura aséptica de la realidad, sino que ésta debe tener presente el valor de la vida y la dignidad de cada persona, porque así nos mira Jesús de Nazaret. Una mirada cuya fuerza es capaz de tender puentes de encuentro con cuantos se preocupan por la verdad.

**Tres.** Cuando los católicos nos identificamos plenamente con alguna posición dentro del espectro ideológico, es señal de que estamos extraviando el camino. Cuando esto sucede, entonces nuestra palabra pierde fuerza profética y la fe se debilita; se evaden los retos, nos gana el desaliento y la esperanza se compromete; nos limitamos a emitir juicios puritanos, comprometemos la misericordia y ponemos en riesgo la caridad. En suma, recordar que un católico sin fe, esperanza y caridad, es semejante a un cadáver articulado.

Cuando observamos el método utilizado por los grandes pensadores católicos de nuestro tiempo, encontramos, con bellas variantes, los tres elementos arriba mencionados. Vale recordar los nombres de J.H Newman, G.K. Chesterton, Henri de Lubac, Joseph Ratzinger y, para México, Mauricio Beuchot.

## TRES RETOS PARA LOS CATÓLICOS EN ESTADOS UNIDOS

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

Semanas antes de finalizar el proceso electoral, diversas voces de la catolicidad norteamericana llamaron a provocar un cambio a favor de la cultura del encuentro.

Las elecciones han dejado tres retos a los católicos de Estados Unidos, los cuales no podrán evadir, porque en ello se juegan su credibilidad como Iglesia.

Para entender estos retos es importante partir de dos hechos: ninguno de los candidatos era una buena opción para los católicos; y, mucho antes de las elecciones, la sociedad norteamericana estaba herida, lastimada y dividida, sólo que la contienda hizo más profundas sus heridas.

Primero reto: la acción profética. Durante el proceso electoral, en notable sintonía con el Papa Francisco, distintas voces de la catolicidad articularon una agenda de prioridades, con la finalidad de emitir un voto razonado y preparar las tareas venideras, con independencia de quién ganase. La podemos resumir en ocho puntos: 1) la defensa de la vida y dignidad de la persona en todo momento; 2) la batalla contra el colonialismo cultural que pretende desnaturalizar el matrimonio y la familia; 3) las persecuciones contra cristianos y otras minorías en el mundo; 4) la defensa de la libertad religiosa en Estados Unidos; 5) la defensa de migrantes y refugiados; 6) la protección del medio ambiente; 7) la denuncia de una economía que lastima a las familias y es incapaz de otorgar trabajos dignos, 8) la expansión de la guerra, el tráfico humano, el comercio de armas y el terrorismo. Ninguno de estos elementos es renunciable e implican un compromiso pastoral de fondo, es decir, acciones proféticas.

Como es fácil darse cuenta, ninguno de los candidatos empataba con la agenda de la Iglesia. Al final, el voto se decantó por Trump, no por asuntos moralistas, sino por algo más sencillo. Un ambiente de libertad religiosa y dignificación de la vida genera mejores condiciones para dar batalla por los demás tópicos. No es que el empresario fuera una buena opción, sino que Clinton garantizaba un estado creciente de persecución, en continuidad con Obama. Durante las campañas se repitió una frase en los medios católicos: "Trump podrá ser impredeciblemente peligroso; pero Clinton es peligrosamente predecible".

La relación con Trump no será sencilla, empezando por el muy delicado problema de los migrantes. Sin embargo, en el particular, hay un hecho que llama la atención. La Iglesia tiene la red de apoyo a migrantes y refugiados más importante de Estados Unidos. Obama dio muestras de poco sentido común al retirarle los fondos federales, porque los católicos se negaron a promover el aborto. Trump,

por su parte, comprendió la importancia del voto católico, sabe del componente hispano de la Iglesia, se ha declarado a favor de la libertad religiosa y poco amigo de la promoción del aborto. El pragmatismo del empresario tiene sus ventajas.

Segundo reto: el diálogo. La sociedad norteamericana está profundamente dividida. Hay razones de fondo, más allá de ideologías, como el desempleo, la falta de oportunidades y la pedería de la clase política. Trump lo sabía, sacó raja y tendrá que lidiar con el tigre, si quiere gobernar. Clinton, en declaración poselectoral, se dijo sorprendida por la división existente en la sociedad, confesión de ignorancia que explica, en mucho, porqué perdió.

Semanas antes de finalizar el proceso electoral, diversas voces de la catolicidad norteamericana llamaron a provocar un cambio a favor de la cultura del encuentro. Hoy, los católicos, por vocación, deberán emprender tan ingente tarea y hacerlo empezando por lo pequeño y sencillo a través de su importante red de parroquias, colegios, universidades, movimientos, etc. Como el buen ejemplo se contagia, otros grupos podrían sumarse. La tarea requiere de paciencia y años.

Tercer reto: la unidad. Para que la cosecha sea abundante, será necesario que, en el camino, los católicos de Estados Unidos superen la más difícil de sus pruebas, como es aprender a trabajar juntos, como Iglesia. La ideologización de la fe les ha perjudicado al grado de confundir la doctrina social con las plataformas políticas, demócratas o republicanas, dañando su capacidad crítica. Sin embargo, el encono electoral ha mostrado lo absurdo de este infantilismo de la fe. La realidad es más fuerte que la ideología.

Estoy convencido de que mis hermanos allende el Río Bravo darán un testimonio ejemplar como Iglesia y, con ello, harán un bien inmenso a su sociedad. La suerte está echada y no hay marcha atrás. Es buen momento para recordar las palabras de Dorothy Day, mujer admirada por el Papa, luchadora incansable por los derechos de los trabajadores y ahora en proceso de beatificación: "la caridad quemará todos los pecados y los odios que nos entristecen".

## FRANCISCO Y LA MISERICORDIA: UN MODO DE SER IGLESIA

Escrito por Jorge E. Traslosheros.

En “Misericordia et misera”, el Papa acude a lo más profundo del ethos católico para proponernos la misericordia como un modo muy original de ser Iglesia.

Vivimos una coyuntura muy interesante. Los mitos ideológicos son sacudidos por la terca realidad. La autoproclamada izquierda liberal progresista, cuyos representantes se consideran los únicos dueños de la historia, pierde terreno ante otras alternativas políticas y, cosa inaudita, los inmortales mueren, como Fidel.

Los cristianos no somos ajenos al frenesí de estos días. Es buen momento para hacer un alto y preguntarnos sobre el caminar de la Iglesia. El silencio es necesario. En nuestro auxilio acuden el Papa Francisco y Benedicto XVI, cuya sintonía y continuidad nunca dejarán de sorprenderme.

¿Qué debe hacer la Iglesia en este tiempo de confusión y no sólo para la cultura occidental? Francisco hizo su propuesta en la carta apostólica “Misericordia et misera”, de obligado estudio para católicos y para cuantos quieran entender a la Iglesia. El documento es importante porque se trata de una invitación personal del sucesor de san Pedro, en la que muestra la esencia de su magisterio y la intimidad de su corazón.

Quien espere un gran programa de acción quedará defraudado. El Papa nos propone un modo de ser Iglesia nada novedoso, pero muy original. Acude a lo más profundo del ethos católico a lo largo de la historia: la misericordia. Su práctica está reservada a los imperfectos y defectuosos, a quienes ceden a sus debilidades humanas, a la gente más común y ordinaria que ha conocido la historia, como son los pecadores. La misericordia es la respuesta vital que brota del encuentro con Jesús de Nazaret.

Para entender las palabras de Francisco no hace falta mucha ciencia, tan sólo un corazón abierto. Ahora, para profundizar en su riqueza, es importante acudir a la primera Exhortación Apostólica de Benedicto XVI sobre la eucaristía, el “Sacramento de la Caridad”. Ratzinger nos propone un “método” de ser Iglesia en tres momentos: celebrar, pensar y actuar. En su carta, Francisco retoma este método y lo explica con sencillez profética. Una vez más, el teólogo y el pastor conspiran.

En el proemio nos recuerda la relación de Jesús con los pecadores, a través de su encuentro con la mujer adúltera. Con san Agustín reflexiona sobre cómo esta relación se puede entender como el encuentro de la misericordia con la miseria; no para aplastarla por faltar a la ley, sino para transformarla en la caridad. Jesús no tiene un programa de acción, sino una mirada capaz de

cambiar nuestra relación con nosotros mismos, con el mundo y con Dios. No es el condescendiente paternalismo que todo lo justifica, sino la exigencia que nace del encuentro en la misericordia. No se empieza a ser cristiano por una convicción ética, o por un astuto plan de acción, sino por el encuentro con una persona que transforma nuestra vida de manera decisiva.

La práctica de la misericordia, para convertirse en método de vida, necesita del encuentro con Jesús en la celebración de la liturgia; esto es, de su presencia en medio de la comunidad que se reúne en oración, de su perdón, de la proclamación de su palabra y de su presencia real en la Eucaristía. También es necesario celebrarlo en los sacramentos, de manera particular en la reconciliación. Hoy, cuando parece cosa vetusta eso de confesar pecados, el Papa nos recuerda la belleza profunda del sacramento que, a riesgo de ser regañado por los teólogos, me gusta llamar de la rehumanización. Quien vive la experiencia de su humanidad reconstituida por el perdón incondicional, nunca vuelve a ser la misma persona.

Quien celebra a Cristo en la liturgia y los sacramentos, puede pensar con claridad en su palabra. No es un pensar abstracto, sino aprender a mirar al prójimo como Jesús, algo imposible si reducimos el Evangelio a pura ideología, a una proclama política. Jesús nos mira a los pecadores con misericordia, nos levanta, nos perdona, nos transforma. Tan sencillo, tan cotidiano, tan sorprendente.

Cuando celebramos a Cristo y reflexionamos su palabra, cuando experimentamos de forma tan sencilla su amor incondicional, brota la acción como fuente de agua viva ahí donde Dios nos llame, nos siembre o nos ponga.

No son los grandes programas de acción los que hacen significativa la vida de los cristianos en medio del mundo, sino la experiencia de Jesús que mueve a la caridad en la esperanza, como expresión de la fe. Los cristianos no son molestos por sus opciones políticas, sino por una constante rebelión que empieza con catorce obras de misericordia. Seguiremos.